

LECCION IV.

De la santidad de la Iglesia católica.

P. Me habeis explicado perfectamente la infalibilidad de la Iglesia: ahora desearia que del mismo modo me hablaseis de la santidad de ella. En tal virtud ¿cómo podrá conocerse que la Iglesia es santa?

R. La santidad considerada en las almas que la tienen, no se puede conocer de un modo indudable; pero sí podemos venir en conocimiento de la santidad de la Iglesia, y de una manera segura é infectible, por sus signos exteriores.

P. ¿Por qué decís que la santidad de la Iglesia solo se puede conocer por sus signos exteriores? Reflexionad que el Jefe de la Iglesia es Jesucristo: que ella tiene medios eficaces para conducir á las almas á la santidad, como son los sacramentos; y que se gobierna por una ley que es del todo santa. Mas como estas señales son intrínsecas á la misma Iglesia, no comprendo la necesidad de recurrir á signos exteriores para venir en conocimiento de su santidad.

R. No cabe duda en que la Iglesia es y debe llamarse santa; porque Jesucristo, que es su Jefe, es santo; porque es santa su doctrina; son santos

sus sacramentos; y porque muchos de sus miembros son tambien santos. Pero debe advertirse que aquí no se trata únicamente de saber si la Iglesia de Jesucristo es santa; sino de los medios que tenemos para *conocer* esa santidad, y para poder de este modo distinguir la verdadera Iglesia de todas las sectas que malamente se dicen santas, pretendiendo fundarse en los mismos títulos en que se funda la santidad de la verdadera Iglesia. Por esta razon he dicho que la santidad de la Iglesia se puede conocer por signos exteriores.

P. ¿Y qué no podrán decir tambien las sectas que ellas tienen igualmente esos signos ó señales exteriorss?

R. ¡Imposible! Estas señales exteriores son de tal naturaleza, que ninguna secta las tiene, ni las puede tener; y he aquí precisamente la razon de por qué los sectarios no quieren admitir mas que señales interiores é invisibles, porque de lo contrario fácilmente se les cogería en mentira.

P. ¿Cuáles son, pues, las señales exteriores de la santidad interna de la Iglesia?

R. Dos son las mas principales: primera, la santidad sublime y heróica que manifiestan en sus obras y en toda su conducta los verdaderos siervos y amigos de Dios; segunda, el don de milagros y el de profecias con otras gracias semejantes que llamamos *carismas*. Estas dos señales no se

encuentran mas que en la Iglesia católica romana.

P. ¿Y esto cómo puede demostrarse? ¿Cómo se prueba, en primer lugar, que la santidad sublime y heroica, solamente se encuentra en la Iglesia católica?

R. Se prueba con hechos. La Iglesia, desde el tiempo de los Apóstoles hasta nuestros dias, siempre ha registrado y registra en sus anales, un número prodigioso de personas verdaderamente santas. Muchas de estas se han distinguido por el martirio; otras por su vida monástica y religiosa y por la puntual observacion de los consejos evangélicos; y otras por los establecimientos de caridad que han fundado en beneficio de la sociedad. Y si bien todos estos Santos poseyeron la santidad en grado heroico con el ejercicio de las virtudes teologales: fé, esperanza y caridad, y de las virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza con todas las demas que dependen de éstas; sin embargo, cada uno de dichos santos, tiene un carácter especial, que lo distingue de los otros, y de aquí proviene la inmensa variedad en la vida práctica de ellos mismos. Los hay de toda clase y condicion: hombres, mujeres, virgenes, casadas, viudas, príncipes, privados, ricos; pobres; jóvenes, ancianos, &c., &c., todas las clases de la sociedad cristiana tienen un modelo perfectamente acabado que poder imitar.

P. ¿De dónde consta que todas estas personas fueron verdaderamente santas?

R. Consta por el juicio que de ello ha formado la Iglesia, la cual jamas permite que se le tribute culto á nadie, ni que se le invoque solemnemente, sin haber antes examinado sus virtudes de la manera mas prolija y circunstanciada. En este punto ha sido diversa la conducta de la Iglesia segun la diversidad de los tiempos. Al principio hacian la declaracion de santidad los Obispos, fundándose en el sentir unánime de los pueblos en cuyo seno florecieron los Santos. Despues la Santa Sede romana, de algunos siglos á esta parte, se reservó la declaracion de santidad y el exámen de las virtudes, el cual se practica con la mas estricta severidad, ya sea en cuanto á las mismas virtudes ejercidas en grado heroico, ya en cuanto á los milagros obrados por Dios por intercesion de los santos, hasta poner en claro todo esto, de tal manera que no sea posible que quede la menor duda. Basta únicamente leer las actas de los mártires ó las vidas de los Santos cualesquiera que sean, para sentirse movido á devocion, á piedad y á admiracion. Hágase, si no, la prueba, y se conocerá por propia experiencia.

P. Es cierto cuanto acabais de decir; y yo mismo lo he experimentado muchas veces. Nada me conmueve tanto como la lectura de las vidas

de los santos. ¿Pero qué los protestantes no tendrán también sus santos que oponer á los de la Iglesia católica?

R. No hay que tener cuidado por eso. Los protestantes solo se ocupan de hablar mal de los santos de la Iglesia católica, y bien se cuidan de presentarnos á ninguno de entre ellos como santo; ni era posible que lo encontraran, porque los fundadores mismos de lo que llaman su religion, vivieron entregados á los vicios, segun los testimonios incontestables de la historia. La Iglesia católica cuenta sus santos á millones; al paso que los protestantes no son capaces de mencionar uno solo; ni tampoco pretenden tenerlo, antes por el contrario, miran á los santos con desprecio, imitando en esto á la zorra de la fábula, que cuando vió que no podia alcanzar las uvas por mas saltos que daba, se marchó diciendo que no estaban maduras.

P. Me parece que en todo esto se juzga á los protestantes con mucha severidad. Yo veo que entre ellos hay personas honradas y de buenas costumbres.

R. No lo dudo; antes por el contrario, confieso que entre los protestantes hay personas honradas, y á juicio del mundo, honradísimas; pero esto no obstante, repito que ni tienen ni pueden tener ningun santo. Porque, en primer lugar, esta

decantada honradez y probidad, son únicamente naturales y filosóficas, como lo eran en los paganos y los herejes de los tiempos pasados. Una cosa es la probidad ó vida virtuosa considerada en comun, y otra es la santidad en la significacion propia y rigurosa de esta palabra. No hay dificultad en admitir que entre los protestantes existan algunos hombres honrados y virtuosos; pero que entre ellos haya santos, que constante y habitualmente hayan caminado por las sendas dificiles de la virtud, en grado heróico, y hayan seguido en ellas hasta la muerte, y esto en medio de las pruebas mas dificiles, de tentaciones de todo género, de persecuciones las mas atroces, de mofas, de escarnios y de burlas, recogiendo ingraticudes por sus beneficios, rogando por sus perseguidores y ofreciendo penitencias y mortificaciones por ellos con suma humildad ¡oh! no, mil veces no; de esta clase de santos, ni tienen ni pueden tener los protestantes (1). La Iglesia católica, por el contrario, los ha tenido siempre y en todas partes, y de toda clase de estados y condiciones.

(1) Al escribir estas líneas hemos sabido por conducto fidedigno, que el Mártir Santo, (31 de Marzo de 1874) se presentó en el Hospital de S. Andrés de esta Capital, *tudo un señor Obispo protestante*, con el objeto de preparar á un creyente suyo que se hallaba enfermo, para recibir *la cena del Cordero*. En virtud de la libertad,

P. Perfectamente. Pero me queda todavía una dificultad. ¿De qué proviene que, como dicen algunos, se encuentre mas moralidad y honradez entre los pueblos protestantes que entre los pueblos católicos?

R. ¡Que candor! ¿Y quién ha dicho que los pueblos protestantes son mas morales y virtuosos que los pueblos católicos? A la verdad, seria un

que las leyes, con que se ha encadenado á nuestra desgraciada patria, conceden á los propagandistas del error para diseminar sus máximas corruptoras, se le franqueó la entrada; y con la osadía que es propia de tales gentes, comenzó á leer á todos los enfermos, que se encontraban en la sala, algunos versículos de su biblia protestante. Apercebidos aquellos infelices del insulto que con esto se hacia á la religion católica, tuvieron el valor suficiente para arrojar de su presencia á aquel desdichado, quien hubo de salir á espeta perros, temiendo por momentos que los enfermos descargaran sobre él una lluvia de cubiletes con atole, á lo que ya se estaban preparando, y de otras sustancias, que en verdad no olian á ambar y de que se hallaban bien surtidos ciertos vasos que tenian debajo de sus camas. Se fué, pues, *el Obispo* con la música á otra parte vomitando injurias contra los *romanistas* (así llaman á los católicos), porque habian repartido entre los enfermos algunos ejemplares del *Catecismo sobre el protestantismo*, y amenazando á todos con que iba á quejarse con el gobernador del Distrito. He aquí un perfecto modelo del celo del protestantismo, al propagar lo que tiene el atrevimiento de llamar la religion verdadera de Jesucristo. *N. del T.*

milagro de nueva especie, que cuando la doctrina del protestantismo abre de par en par las puertas á la inmoralidad y á la corrupcion, los que lo profesan fueran otros tantos ramilletes de virtud y de honradez. Basta fijar la atencion en las estadísticas de Inglaterra, de Suecia y de Prusia, y compararlas con las de Francia, Italia, España y Bélgica, y se verá todo lo contrario. Cuando los hechos hablan, la boca debe callar. (1) Además, si los protestantes son por lo general mas honrados ¿cómo es que los mas perversos de entre los malos católicos son los que primero se pasan á sus filas para vivir con mas libertad y con mas desenfreno? ¿Cómo se explica que los hombres libertinos son los que abrazan el protestantismo? Y por el contrario ¿cómo se explica que los mas ilustrados y honrados protestantes abrazan el catolicismo? Finalmente, ¿de qué proviene que la embriaguez pública, la disolucion de costumbres y la deshonestidad, reinan de preferencia en Escocia, en Inglaterra y en otros pueblos protestantes, que son verdaderamente una sentina de vicios? Es, pues, evidente que los pueblos protestantes son mas viciosos que los pueblos católicos, ó mejor dicho, los pueblos católicos comparados con los pue-

(1) Véase sobre este punto el *Catecismo sobre el protestantismo*, leccion IX.

bles protestantes, vienen á ser como una fuente comparada con un cenegal inmundo.

P. No queda que responder. Decidme ahora alguna cosa sobre la otra señal exterior de la santidad de la Iglesia que son los milagros. ¿No serán por ventura los milagros obrados por intercesion de los santos otras tantas fabulillas y cuentos de viejas? Yo he oido algunas personas que dicen: *¿pero que vd. ha visto tales milagros?*

R. Este es precisamente el lenguaje de los herejes y libertinos, sin tomarse el trabajo de examinar si hablan con fundamento ó no. Despreciar, es muy fácil; pero probar lo que se dice, es muy difícil.

P. Explicaos con mas claridad,

R. Quiero decir que esta gente no examina las razones en que se fundan los católicos para asegurar que siempre ha habido milagros y que aun ahora se verifican en la Iglesia por intercesion de los santos; pero como los protestantes están preocupados por sus juicios erróneos, creen que cuando los católicos admiten la existencia de los milagros, son unos estúpidos ó á manera de niños, que creen á puño cerrado y sin discernimiento ninguno, todas las leyendas de la edad media. Con su refinado orgullo, tienen el atrevimiento de llamar nulidades despreciables, en comparacion de ellos mismos, á los Baronios, Belar-

minos, Petavios, Bossuet, Fenelon, Muratori, Gerdil y tantos otros hombres ilustres. Siempre han florecido en la Iglesia muchos críticos doctísimos y de primer órden, los cuales despues de haber examinado, con la mas severa crítica, las razones que hay para admitir ó para rechazar los milagros de que hablan en sus escritos, han venido á concluir con admitirlos y defenderlos vigorosamente. Pero estos impugnadores de los milagros, no tienen remedio: rechazan lo que se apoya en fundamentos sólidos, y admiten con una credulidad infantil, todas las calumnias, que diariamente se forjan contra la Iglesia. Cuando el mal está en la voluntad, es inútil cualquiera diligencia.

P. Quisiera saber las razones, con que se demuestra la existencia de los milagros.

R. Las expondré brevemente: ó se trata de los milagros obrados en los primeros siglos del cristianismo y de los que se obraron despues hasta el tiempo de la llamada reforma ó protestantismo; ó se trata de los milagros subsecuentes á ella hasta nuestros dias. En quanto á los primeros, existe el testimonio de los hombres mas célebres de la época por su saber y por su virtud: tales son S. Ireneo, S. Cipriano, S. Eusebio, S. Gerónimo, S. Agustin, S. Gregorio Niceno, S. Gregorio Nacianceno, Teodoreto, y otros muchos con S. Bernardo, hasta los tiempos del protestan-

tismo. En cuanto á los milagros obrados despues, sin contar los del tiempo transcurrido del siglo doce en adelante, en que ya la santa sede apostólica juzgaba exclusivamente de las causas de los santos, y fijándonos en la época corrida desde el establecimiento del tribunal de la Rota, á quien sucedió la congregacion de Ritos; está de manifiesto que siempre se ha procedido y se procede en este punto con un rigor tal, bajo todos aspectos, que jamas se admite como cierto ningun milagro, si antes no está evidentemente comprobado. Se procura esclarecer el hecho por el testimonio de personas que declaren bajo de juramento; se consulta á los que trataron con familiaridad al hombre ilustre á quien se atribuye el milagro; se consulta tambien á los mas doctos en medicina, en física, etc., etc., y se formulan defensas é impugnaciones muy notables para depurar los hechos hasta en sus últimos pormenores; finalmente, nada se omite para adquirir aquella plenísima certidumbre que es de todo punto necesaria en negocio de tan alta importancia. En cuanto á aquellos que preguntan: *¿Vd. ha visto tales milagros?* se les puede responder preguntando igualmente: *¿Vd. ha visto los milagros obrados por Jesucristo y sus apóstoles? ¿Vd. ha visto á César ó á Ciceron? ¿Vd. ha visto á Pekin, Amsterdam, Berlin. Lóndres?...* Pues así como cree

en la existencia de aquellos milagros, de aquellas personas y de aquellas ciudades, sin haberlo visto y fundándose solo en el testimonio de otros, de la misma manera debe creer en los milagros que Dios ha obrado por intercesion de los santos, supuesto que tienen el mismo fundamento. ¡Oh, cuán necios son los que discurren de aquella manera!

P. Pero, dicen, ya pasó el tiempo de los milagros. ¿Quién cree ahora en ellos, en vista de los progresos y adelanto de la ciencia? ¿Cómo es posible creer en tantos milagros como se cuentan en las antiguas crónicas y en las leyendas de la edad media?

R. Los católicos no pretenden que se dé crédito á ojo cerrado, á todo lo que refieren las crónicas antiguas; pretenden, sí, y con justicia, que se crea en los milagros, que aparecen como tales despues de haber pasado por el exámen de la crítica mas severa, y en particular los que han sido aprobados jurídicamente por la Iglesia romana. Sea cual fuere el progreso de las ciencias físicas, nadie podrá negar que hay un verdadero milagro, cuando un ciego humanamente incurable recobra la vista, ó un cojo el uso de sus piernas; cuando una herida mortal sana en un instante; cuando un puñado de harina repentinamente se multiplica hasta venir á ser diez ó veinte veces

mayor; y así sucesivamente. Si el progreso de las ciencias físicas llegara á explicar de un modo satisfactorio todo esto, yo me daría por vencido. Bien sabeis que estos y otros muchos acontecimientos prodigiosos, son frecuentemente aprobados por la sagrada congregacion de ritos, despues de un riguroso exámen, y yo puedo dar testimonio de ello, como de cosas que han pasado por mi vista. ¿Cómo se explica que los griegos cismáticos, tan supersticiosos en juzgar de los protestantes, como no lo son los católicos; cómo se explica, digo, que ni ellos, ni aun los mismos judios, encuentran en la llamada religion protestante ningun milagro por mas que lo busquen, cuando los unos sí lo encuentran en la época en que nó se habian separado de la Iglesia, y los otros tambien lo hallan en la época en que Dios no los habia arrojado de la religion verdadera? ¡Oh! es incuestionable que solo los católicos han presentado y presentan aún, verdaderos milagros obrados en el seno de su Iglesia. De muchos de ellos han dado testimonio los mismos protestantes; pero seria inútil hablar con mas extension sobre esta materia, porque si ellos quisieran, fácilmente podrian examinarlo y conocerlo por sí mismos.

P. En verdad que con esto ya no les queda nada que alegar. Mas yo creo sin embargo que ellos hacen sus milagros.

R. Sí, ciertamente. Los protestantes hacen sus milagros; pero milagros propios de herejes, como aquellos de que habla Tertuliano que hacian los de su tiempo, á saber: que cuando los Apóstoles y los santos resueitaban á los muertos, los herejes mataban á los vivos. Así fué el milagro obrado por Calvino, que para probar que él tambien hacia milagros, se puso de acuerdo con otro protestante para que fingiéndose muerto, apareciera como vuelto á la vida cuando él le hablara, y resultó que el muerto fingido quedó muerto en realidad. Viendo, pues, los protestantes que ellos ni podian hacer milagros, ni los podian fingir, imitando á la zorra de la fábula, que por no poder alcanzar las uvas dijo que estaban verdes, comenzaron á sostener que los milagros no eran necesarios para probar la verdad de la doctrina. De aquí resultó aquel dicho tan picante de Erasmo: que todos los protestantes juntos no ser capaces ni de enderezar la pata á un caballo cojo.

P. ¿Qué podemos inferir de todo lo que hasta aquí habeis explicado?

R. Lo siguiente: que siendo los milagros una nota ó señal dada por Dios para reconocer la santidad verdadera, resulta que es verdaderamente santa la Iglesia católica; porque Dios ha obrado en todo tiempo y obra aún en favor de ella verdaderos milagros por intercesion de sus santos.

Se infiere además que es un gran consuelo para los católicos el considerar, que tienen la dicha de pertenecer á una Iglesia, que cuenta con el auxilio divino de un modo tan manifiesto, y que es una desgracia verdaderamente lamentable para los pobres protestantes, el vivir en una secta, cuyos jefes son sacerdotes ó frailes apóstatas todos casados, y monjes que han colgado los hábitos.

LECCION V.

De la firmeza é inmutabilidad de la Iglesia católica.

P. ¿La Iglesia católica puede dejar de existir alguna vez?

R. Si esto fuera posible, Jesucristo su fundador habria faltado á su palabra; porque prometió solemnemente que ella existiria hasta la consumacion de los siglos. Por esta razon, al reino de Jesucristo, que es su misma Iglesia, se le llama eterno, es decir, que no tendrá fin.

P. ¿De dónde le viene á la Iglesia esta firmeza é inmutabilidad?

R. Le viene del ilustre y divino arquitecto que la fundó, que fué Jesucristo mismo: el cual, para que pudiera resistir á todos los combates y

asaltos del enemigo, la edificó sobre un fundamento firme y solidísimo.

P. ¿Cuál es ese fundamento?

R. Ese fundamento está compuesto, por decirlo así, de diversas piedras. La principal, y que sostiene todo el peso del edificio, es Jesucristo. La secundaria, por explicarme de este modo, es el Apóstel San Pedro y todos sus legítimos sucesores, que son los romanos pontífices. La primera es fuerte y firme por su propia naturaleza, y la segunda lo es por la virtud que le comunica Jesucristo Señor nuestro. Esta virtud la recibió San Pedro de su divina majestad cuando le dijo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

P. ¿Qué diferencia hay entre estas dos piedras, ó lo que es lo mismo, entre uno y otro fundamento?

R. Además de la que acabo de explicar, es decir: que la una es firme por virtud propia y la otra lo es por virtud de Cristo, hay otra diferencia, y consiste en que la primera piedra ó fundamento es invisible; porque Jesucristo nuestro redentor, despues de resucitado, subió á los cielos, quedando así invisible para nuestros ojos corporales; y el segundo fundamento es visible, pues lo fué San Pedro, durante su vida sobre la tierra, y

lo son del mismo modo todos sus sucesores los romanos pontífices.

P. San Pablo en sus epístolas asegura que los fieles hemos sido edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y de los Profetas. San Juan describiendo la Iglesia, bajo la figura de Jerusalem, dijo que descansaba sobre doce fundamentos, que son los doce Apóstoles. Siendo esto así ¿por qué decís que es uno solo el fundamento visible de la Iglesia, y que este fué primero San Pedro, y despues cada uno de sus sucesores?

R. Todo lo que acabais de decir es muy cierto; pero es necesario atender al sentido de las palabras citadas. San Pablo llama fundamento á los Apóstoles y Profetas, porque unos y otros predicaron la misma doctrina. Por igual razon dijo San Juan que eran doce los fundamentos de la Jerusalem celestial, es decir, de la Iglesia para dar á entender con esto, que fueron doce los primeros predicadores del Evangelio; mas no que la Iglesia hubiera sido edificada sobre doce fundamentos; porque los demas Apóstoles fueron puestos por Jesucristo bajo las órdenes y jurisdiccion de San Pedro.

P. Si esto fuera así, la Iglesia hubiera siempre reconocido á San Pedro y á sus sucesores como su fundamento. ¿No es verdad?

R. Sin duda alguna; y en efecto así ha suce-

dido en la Iglesia desde el tiempo de los Apóstoles. Viviendo todavía San Juan se suscitó un cisma entre los fieles de Corinto, y estos para poner término á tan lamentable division, ocurrieron á la autoridad de San Clemente, obispo de Roma, y por lo mismo sucesor de San Pedro; y como es bien sabido, San Clemente no era del número de los Apóstoles. De este modo se ha venido reconociendo, por toda la Iglesia, esa suprema autoridad de la sede romana, como lo demostraré mas por extenso en otra leccion. Baste por ahora con lo dicho para probar que la Iglesia católica fundada por Jesucristo sobre San Pedro, es firme é invariable, y que ninguno jamas podrá hacerla vacilar.

P. ¿Y ha habido quien lo intentara alguna vez?

R. ¡Oh! ¡Figúrese vd. si las puertas del infierno, es decir, los secuaces del error, se habian de quedar quietos! Desde que la Iglesia fué fundada, le declararon la guerra mas cruda, pertinaz y constante, pretendiendo echarla por tierra. Sus primeros enemigos fueron los judíos. A estos se siguieron los paganos y los emperadores, quienes la anegaron en sangre por mas de trescientos años. A los paganos sucedieron todos los herejes, desde Simon mago hasta Lutero, Calvino y los modernos Barbetos, con los demas protestantes, tenien-

do siempre á su favor á los emperadores y reyes que mas se han distinguido por su persecucion á la Iglesia; por todo lo cual á esta se le llama con justicia Iglesia militante.

P. ¿Y qué suerte corrió la Iglesia en tales combates?

R. La que era de esperarse: que siempre ha salido victoriosa; y todos aquellos que le hicieron la guerra, han perecido miserablemente. Todos se estrellaron en su primer choque contra aquella piedra misteriosa. Los judíos perdieron su patria; los paganos su imperio; y todas las sectas de herejes han venido desapareciendo una despues de otra sin embargo de ser numerosísimas, y lo mismo les aguarda á las que hoy combaten á la Iglesia.

P. Creo que esto es mucho decir. ¿Pues qué tambien desaparecerá el anglicanismo y el protestantismo, que han criado ya profundas raíces; que se apoyan sobre fundamentos, al parecer, muy sólidos; que se han extendido por una gran parte de la Europa y de la América; y que cuentan con tantos defensores? Me parece imposible.

R. Reflexionad que al discurrir de ese modo, afirmáis mas cuanto llevo dicho. ¿Cómo puede durar largo tiempo lo que no tiene mas apoyo que los esfuerzos puramente humanos? Porque á la verdad todas vuestras razones en favor del pro-

testantismo no reconocen otro fundamento que el poder de los hombres, la extension que ha tomado el error y el apoyo de las personas mas prominentes del país. Los arrianos, los eutiquianos y los iconoclastas, tuvieron mayor poder, mayor extension y mas fuertes apoyos de los que tiene el protestantismo y el anglicanismo; y sin embargo de eso perecieron, porque no contaron, ni era posible que contaran con el auxilio de Dios, contra quien estaban en rebelion abierta; y por la misma razon perecerán todas las sectas enemigas de la Iglesia que hoy existen.

P. Lo que es en el presente tiempo, creo que no será; porque sin cesar oímos repetir una de las razones mas convincentes que se alegan en favor del protestantismo, y es, que en los países donde él domina, florece la industria, el comercio y las riquezas, al grado de causar envidia aun á los mismos católicos.

R. ¡Otra vez volvemos á las razones materiales y terrenas! Ademas de lo que llevo dicho, tales razones solamente probarian que el dios que protege á los protestantes seria el dios *dinero*. ¿Cuándo jamas se vió que Jesucristo, que siempre anduvo pobre y siempre inculcó el espíritu de la pobreza, haya dado como distintivo ó señal de la religion verdadera, el comercio, la industria ó las riquezas? Si este argumento tuviera alguna fuer-

za, entonces se diria que el paganismo era una religion óptima, porque los paganos, por muchos siglos despues de Jesucristo fueron mas ricos que los cristianos; y que los turcos en los siglos siguientes fueron los adoradores del verdadero Dios, supuesto que en todas partes salian victoriosos contra los cristianos. Si la riqueza y el comercio fueran un indicio de la religion verdadera, entonces podria decirse que cuando la España, el Portugal y Venecia eran naciones industriosas, comerciales y ricas, tenian la verdadera religion; y cuando por la variacion de los tiempos dejaron de serlo, su religion era falsa, con el bien entender de que volveria á ser verdadera, si volvian á su antiguo estado de industria, de comercio y de riquezas. Estas son las sandeces, que los obispos anglicanos y demas protestantes alegan como razones, pretendiendo probar asi la verdad de sus sectas. Además, es preciso no olvidar lo que ya otra vez he dicho, y es, que la decantada prosperidad de los países protestantes es absolutamente falsa. Entre los católicos, los pobres no mueren de hambre, como sucede en los lugares protestantes y especialmente en Inglaterra. Pero aunque todos fueran tan ricos como Crespo, no por eso dejará de ser verdad que perecerán como han perecido los demas herejes.

P. ¿Y no sabeis que cuando los protestantes oyen esto se enfurecen?

R. Demasiado que lo sé. Pero dejémoslos que se enfurezcan. No por eso rebajaré en nada la verdad de cuanto llevo dicho. Si el protestantismo hubiera sufrido la centésima parte de las guerras y tempestades que ha sufrido la Iglesia católica, ni rastro hubiera quedado de él en todo el mundo. Si ahora que están florecientes sus secuaces, vemos que se derriten como el yelo cuando se pone al sol, por tantos como cada dia se convierten á la Iglesia católica, figuraos qué sucederia en un cambio de opinion y cuando pase la moda del protestantismo.

P. ¿En qué se conoce que la Iglesia católica es y ha sido siempre la misma?

R. Se conoce en los hechos: primeramente, jamas ha dejado de haber en ella una sucesion legítima de Papas, de Obispos y de sacerdotes, esto es, jamas ha faltado la jerarquía eclesiástica desde el tiempo de los Apóstoles hasta nuestros dias; y en segundo lugar, la Iglesia no ha mudado de doctrina, pues cree ahora las mismas verdades que creia en tiempo de los Apóstoles, y por mas esfuerzos que han hecho los herejes de todas las edades del mundo para hacerla cambiar, no han conseguido que varíe en lo mas mínimo, ni que transija con ellos en un solo artículo de fé.

P. Sin embargo de eso yo he oido decir que la Iglesia ha agregado muchos artículos de fé que antes no existian. Si esto es cierto, la Iglesia indudablemente ha sufrido algun cambio.

R. Así lo dicen los protestantes; pero jamas lo podrán probar. Los artículos que cree ahora la Iglesia como de fé los ha creido siempre de la misma manera, como puede probarse fácilmente con el testimonio incontestable de toda la antigüedad, de los Padres y doctores de la Iglesia, de los concilios, de las actas de los mártires, de las liturgias y con otros muchos documentos; por lo cual, si se quiere saber qué es lo que creia la Iglesia en su principio, basta saber lo que cree ahora. Aquellos artículos que los herejes dicen que se han *agregado*, no son mas que un desarrollo ó explicacion de la doctrina misma de la Iglesia ó declaraciones y definiciones que ha sido preciso dar de una manera terminante, siempre que los herejes han pretendido, como acostumbran, torcer el sentido verdadero de la sana doctrina.

P. ¿Se puede acaso decir lo mismo de los protestantes, esto es, que su doctrina es inmutable?

R. ¡Imposible! Entre las muchísimas sectas que se dicen protestantes, no hay dos que convengan en la misma doctrina. Cada una tiene su

profesion de fé por separado, muy distinta de la que tienen las demas. En cuanto á la firmeza de su creencia, todas son iguales; á cada paso cambian de doctrina y se mueven como los molinos de viento ó como las banderolas, que se van por donde las lleva el aire; solo en una cosa están uniformes, y es, en el odio que todos los protestantes profesan á los católicos. Una misma persona cambia frecuentemente de fé, y no sabe despues ni lo que cree.

P. Me parece que la tal creencia protestante es una Babilonia.

R. Teneis razon; y no es posible que los protestantes obren de otro modo, porque no tienen ninguna regla de fé. Por esto se dice comunmente que andan como jugando á la gata ciega.

LECCION VI.

Del Supremo magisterio de la Iglesia católica y de la obligacion que tenemos de escucharla.

P. ¿Con qué fin instituyó Jesucristo su Iglesia?

R. Jesucristo instituyó su Iglesia, dotándola del carácter de infalible y perpetua, para enseñar

á todos los hombres y en todo tiempo, las verdades que se dignó revelar al mundo; á fin de que, instruidos por la misma Iglesia, pudiéramos alcanzar la salvacion eterna, mediante la fè y las buenas obras.

P. ¿Pero qué necesidad habia de la Iglesia para que los hombres recibieran aquella instruccion? ¿No era suficiente la lectura de la Biblia para aprender estas verdades?

R. De ninguna manera; por varias razones: la primera y principal, porque Jesucristo, que era la sabiduría eterna, no pensó de ese modo; segunda, para que los hombres practicaran la humildad sometiéndose á la Iglesia, que el mismo Jesucristo habia fundado; y tercera, porque los fieles, con solo leer la Biblia, jamas habrian podido llegar á convenir en la unidad de fè, como vemos que sucede con los herejes, los cuales al paso que pretenden instruirse por sí mismos con la sola lectura de la Biblia, han llegado á tal grado de ignorancia y confusion, que no se entienden entre sí y han venido á perder la fè y hasta la misma idea de fè.

P. ¿Pues qué no es contrario á la dignidad del hombre, que es un ser racional, el tener que recibir ciegamente de la Iglesia la instruccion en la fè?

R. Nada tiene de contrario á la dignidad del

hombre el sujetarse á Dios y el depender de Dios; antes bien, es una inmensa gloria para él obedecer á Dios y creer lo que dice Dios; y el sujetarse á la Iglesia y creer las verdades que ella enseña, es lo mismo que sujetarse á Dios y creer lo que dice Dios; porque Jesucristo dijo: *el que á vosotros oye á mí me oye: el que no creyere las cosas que vosotros anunciareis, se condenará*; y el Apóstol San Pablo alaba á los primeros fieles porque habian recibido sus palabras *como palabras de Dios, como lo eran en realidad*. De todo lo cual se infiere que el homenaje mas meritorio, que puede tributar á Dios una criatura racional, es el someter su propio entendimiento á las verdades de fè que enseña la Iglesia.

P. Poco á poco. Una cosa eran los Apóstoles y otra es la Iglesia; y á mí me parece que aqui se confunden las dos cosas.

R. Bajo el aspecto de la enseñanza en materias de fè, los Apóstoles y la Iglesia son una misma cosa; porque son el medio de que Dios se valió para dar á conocer á los hombres las verdades que quiso enseñarles. Por otra parte, ¿no es cierto que la Iglesia es infalible, como ya lo he demostrado en otra leccion? ¿No está Jesucristo siempre con ella, como tuvo la dignacion de prometersele? ¿No está con la Iglesia el espíritu de verdad, esto es, el Espíritu Santo, á fin de que ja-

mas se desvie de la verdad? ¿No dijo expresamente: *Si alguno no escuchare á la Iglesia, considéralo como gentil y publicano?* Luego lo mismo es escuchar á la Iglesia que escuchar á Dios, y lo mismo es querer escuchar á la Iglesia que querer escuchar á Dios.

P. Será todo lo que vd. dice; pero no por eso deja de ser cierto que el que escucha á la Iglesia solo escucha mediatamente á Dios, esto es, por la mediacion de la Iglesia, y hé aquí precisamente lo que hacen los católicos; por el contrario, el que lee la Biblia, escucha inmediatamente á Dios, es decir, sin interposicion de ninguna otra persona ó autoridad, y esto es cabalmente lo que hacen los protestantes. En tal virtud, podemos decir que los católicos reciben la luz refleja, como por medio de un espejo, que es la Iglesia; y los protestantes la reciben directa, y por lo mismo están como inundados por el torrente de ella. ¿Qué os parece? ¿No son por ventura de mejor condicion los protestantes que los católicos?

R. El que habla de ese modo, no sabe lo que dice; porque supone que leyendo las biblias que reparten los protestantes, es lo mismo que si leyera la palabra de Dios, tal cual su Divina Majestad la ha pronunciado, y no advierte que dichas biblias son solamente unas traducciones de la verdadera Biblia, mutiladas y falsificadas por los

herejes, y no hay quien pueda asegurar la exactitud de ellas. Esto es lo que los protestantes quieren hacer pasar por verdadera Biblia, con gravísima ofensa de Dios y con inmenso daño del pueblo. De todo lo cual se infiere, que cuando ellos leen la Biblia, no solo la leen como al traves de un prisma, que descompone la verdadera luz, sino al traves de un vidrio rojo y oscuro.

P. No habia yo fijado mi atencion en esto. ¿Y cuál es la otra razon por la cual asegura vd. que los protestantes no saben lo que dicen?

R. Esta: los protestantes suponen que todo el que lee la Biblia, la entiende y conoce perfectamente el verdadero sentido de la palabra de Dios; pero es un hecho que la mayor parte de ellos, aun de los mas sabios, no entienden la Biblia, y esto mismo puede asegurarse con mas razon, respecto de los ignorantes y del vulgo. Si los mas sabios de entre ellos entendieran la Biblia, no andarian en tanto desacuerdo por el sentido de cada texto. Las mil y mas sectas, en que se divide el protestantismo, están tan opuestas y contrarias entre sí precisamente por la mala inteligencia de la divina escritura.

P. Fuera de todo esto ¿hay alguna otra razon?

R. Hay muchas; mas para no extenderme demasiado, diré una sola. Si los que leen la Biblia recibieran en efecto la luz directa, que dicen los

protestantes, ese torrente de luz produciría en ellos una fé vivísima. Pues todo lo contrario: los protestantes en su mayor parte, vienen á parar en racionalistas, que es lo mismo que decir incrédulos, porque concluyen por negar todas las verdades sobrenaturales y con esto destruyen la misma Biblia.

P. Será como vd. quiera; pero no cabe duda en que los que reciben la doctrina directamente de la Iglesia, la reciben del hombre; y los que la aprenden en la Biblia, la reciben de Dios. ¿No es así?

R. No, no es así; porque tambien los protestantes reciben la Biblia de mano de otro hombre, supuesto que la reciben de mano de sus ministros, los cuales, sin autoridad ninguna, dicen que contiene la palabra de Dios. Fuera de esto, y como ya en otra vez lo he demostrado, la Iglesia habla y enseña en nombre de Dios que la puso en lugar suyo como maestra de todas las naciones, cuando dijo á los Apóstoles: *id y enseñad*. Por último, los protestantes, propiamente hablando, no aprenden sus doctrinas en la Biblia, sino de boca de sus ministros, los cuales á su vez las aprendieron de los jefes de la reforma; de lo cual se infiere con toda verdad que ellos son los que aprenden la palabra del hombre, y que por lo mis-

mo viven en el mayor envilecimiento, á que puede llegar una criatura racional.

P. Esto es digno de risa. ¿Pero qué podemos asegurar que los que tan pomposamente se dan el título de *cristianos de la Biblia é hijos del libre exámen*, no son mas que hijos y cristianos de Lutero, de Calvino, de Zwinglio, de los Barbetos, etc., etc?

R. Precisamente; ni mas ni menos. No hay un solo *hijo del libre exámen*, que sea protestante en virtud del estudio que per sí mismo haya hecho de la Biblia; sino que todos son como los carneros, que van uno tras de otro, sin haberse ocupado jamas del decantado exámen.

P. Nunca habia yo pensado en eso.

R. Pues bien: de aquí debemos deducir, que no se debe prestar oído á estos solemnes embusteros, que tienen la miserable ocupacion de andar esparciendo mentiras tan manifiestas; y que nos debemos portar como hijos dóciles á la Iglesia nuestra madre, que es la única establecida por Dios para enseñar la verdad, y que en virtud de esa asistencia divina, no puede engañarse ni engañarnos.